





LAS TRES EDADES

**Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS
POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO
AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES
AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ:
EL HOMBRE.**

LA NIÑA INVISIBLE

y otros cuentos

TOVE JANSSON

Traducción del sueco de
Mayte Giménez y Pontus Sánchez

Ilustraciones de la autora

Las Tres Edades Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Det osynliga barnet och andra berättelser*

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Tove Jansson, 1962

First published by Schildts Förlags Ab, Esbo, Finland. All rights reserved

© De la traducción, Mayte Giménez y Pontus Sánchez

© Ediciones Siruela, S. A., 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

siruela@siruela.com www.siruela.com

ISBN: 978-84-9841-402-8

Depósito legal: M-15.702-2010

Impreso en Rigormagráfic

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

ÍNDICE

LA NIÑA INVISIBLE y otros cuentos

Canción de primavera	11
Una historia terrorífica	27
La filifionka que creía en las catástrofes	43
La historia del último dragón del mundo	67
El hemul que amaba el silencio	83
El cuento de la niña invisible	107
El secreto de los hatifnat	125
Cedric	149
El abeto	161

LA NIÑA INVISIBLE
y otros cuentos



Para Sophia



CANCIÓN DE PRIMAVERA





Una tarde tranquila y despejada de finales de abril, el Snusmumrik llegó tan al norte que aún quedaban trozos de nieve sin deshacer en los lugares donde no daba mucho el sol.

Había caminado todo el día por unas tierras que nadie había recorrido antes, con las aves migratorias trinando sobre su cabeza.

Ellas también volvían del sur e iban hacia casa.

La caminata le resultó fácil porque la mochila iba casi vacía y no había nada que le preocupara. Estaba contento con el bosque, con el tiempo y consigo mismo. El mañana y el ayer estaban igual de lejos, pero en aquel momento el sol lucía rojo entre los abedules y el aire era fresco y suave.

«Hace una tarde que se merece una canción», pensó el Snusmumrik. «Una canción nueva que contenga una parte de esperanza y dos partes de melancolía de la primavera. El resto será sobre la alegría infinita de caminar solo y de estar a gusto consigo mismo.»

Aquella melodía la había llevado debajo del sombrero durante muchos días pero aún no se había atrevido a sacarla. Te-

nía que madurar hasta ser tan convincente y alegre que, en cuanto rozara la armónica, las notas saltaran a sus lugares precisos.

Si las sacaba de allí demasiado pronto podía ocurrir que se pusieran en contra y sólo le dieran una canción regular, o él podía perder las ganas y entonces nunca las pondría en su sitio. Las melodías son cosa seria, en especial si tienen que ser alegres y melancólicas a la vez.

Pero aquella tarde el Snusmumrik se sentía seguro de su canción. Estaba allí, casi acabada, y sería la mejor de cuantas había hecho hasta ahora.

Cuando llegara al Valle de los Mumin la tocaría junto a la barandilla del puente sobre el río y el Mumintroll exclamaría de inmediato: ¡Es bonita! ¡Es tremendamente bonita!

El Snusmumrik se paró sobre el musgo y sintió cierta inquietud. Pensó en el Mumintroll, que lo esperaba con tanto anhelo. Que se quedaba en casa esperando y que, admirado, le decía antes de irse: Por supuesto que debes ser libre. Claro que debes irte. *Vaya si* entiendo que a veces debes estar solo.

A la vez que decía aquellas palabras, los ojos del Mumintroll se llenaban sin remedio de decepción y de tristeza.

Ay, ay, exclamaba el Snusmumrik mientras andaba. Ay, ay, ay. Ese troll es tan sensible. No voy a pensar en él. Es un buen troll, pero ahora mismo no tengo que pensar en él. Esta tarde estoy solo con mi melodía y esta tarde no es mañana.

Al cabo de un rato el Snusmumrik consiguió olvidarse completamente del Mumintroll. Buscaba un lugar agradable para acampar y cuando oyó un arroyo dentro del bosque, se dirigió hacia allí de inmediato.

El último rayo rojo de sol se había apagado entre los árboles y aparecía despacio el atardecer azul primaveral. Todo el bosque era azul y los abedules, como blancas columnas, se adentraban en el atardecer.

Aquél era un buen arroyo.

Bailaba transparente, y a la vez parduzco, sobre trozos de hojas del año anterior y a través de olvidados túneles de hielo. Giraba por entre el musgo y caía de cabeza formando un pequeño salto de agua con el fondo de arena blanca. A veces cantaba en tono mayor como un mosquito y a veces intentaba parecer grande y amenazador, haciendo gárgaras con un poco de agua de nieve y riéndose de todo.

El Snusmumrik se quedó escuchando sobre el musgo húmedo. «El arroyo estará en mi canción», pensó. «Quizá como un estribillo.»

En ese momento se desplazó una piedra en la pequeña presa y cambió la melodía del agua en una octava.

No ha estado mal, dijo el Snusmumrik con admiración. Así es como debe sonar.

Un nuevo tono en medio de todo, como si nada. Me pregunto si no debería dedicarle una canción solamente al arroyo.

Sacó su vieja cacerola y la llenó de agua debajo de la cascada. Después se paseó por debajo de los abetos en busca de leña. El bosque estaba húmedo porque la nieve se había deshecho y había caído lluvia primaveral, así que el Snusmumrik se tuvo que meter debajo de un lugar que estaba protegido del viento para encontrar leña seca. Alargó la pata y de pronto alguien salió de allí disparado, se metió gritando entre los abetos y se adentró en el bosque.

Vale, dijo Snusmumrik para sí mismo. Hay bichos y trastos de todo tipo debajo de los matojos. Ya se sabe. Lo curioso es que siempre estén tan nerviosos. Cuanto más pequeños, más inquietos.

Desenterró un tronco seco y algunas pequeñas ramas y encendió con tranquilidad una hoguera en el meandro que for-

maba el arroyo. Prendió enseguida porque el Snusmumrik estaba acostumbrado a prepararse la comida. Nunca cocinaba para nadie más si no se veía obligado y no le importaban las comidas de los demás. La gente tenía la mala costumbre de hablar mientras comía.

Además, la gente prefería sillas y mesas y, en el peor de los casos, hasta servilletas.

Incluso había oído a un hemul que se cambiaba de ropa para comer, aunque, seguramente, sólo eran habladorías.

El Snusmumrik, ensimismado, tomó su ligera sopa mientras descansaba los ojos sobre el verde suelo de musgo que había bajo los abedules.

La melodía estaba muy cerca, sólo era cuestión de echarle mano y cogerla. Pero podía esperar, estaba acorralada y no se podía escapar. Después de comer fregaría, fumaría en su pipa y luego, cuando las llamas se hubiesen convertido en brasas y los animales nocturnos se llamasen unos a otros en el bosque, sería el momento de componer una canción.

Fue mientras el Snusmumrik enjuagaba la cacerola en el arroyo cuando vio al animalito. Estaba sentado en la orilla opuesta debajo de una raíz mirando por debajo de su flequillo alborotado. Aunque se le veía en los ojos que estaba asustado, se notaba también el interés que le despertaba el Snusmumrik y seguía con la mirada cualquier movimiento que hiciera.

Dos tímidos ojos debajo de un mechón de pelo. Tenía el aspecto de la gente de la que no te puedes fiar.

El Snusmumrik hacía como si no hubiera visto al animalito. Removió el fuego y cortó unas ramitas de abeto sobre las que sentarse. Sacó la pipa y la encendió despacio. Echó bocanadas de humo hacia el cielo de la noche, esperando a que apareciera su canción de primavera.

Pero no aparecía. En su lugar, sentía los ojos del animalito

que seguían todos sus movimientos, observando todo lo que hacía. Al poco rato comenzó a sentirse incómodo.

El Snusmumrik dio una palmada y gritó: Ushhh.

Entonces el animalito salió de debajo de la raíz y le dijo muy tímidamente:

Espero no haberte asustado. Sé quién eres. Eres el Snusmumrik.

Diciendo esto, el animalito se metió en el arroyo y cruzó al otro lado. Era un gran arroyo para un animalito tan pequeño y el agua estaba muy fría. Un par de veces perdió el equilibrio y se cayó de culo, pero el Snusmumrik estaba tan impresionado que no se le ocurrió ayudarle.



Finalmente, algo maltrecho y delgado como un hilo, salió tiritando por la orilla y saludó: Estoy tan contento de haberte encontrado.

Hola, respondió el Snusmumrik distante.

¿Me puedo arrimar a tu fuego?, continuó el pequeño ani-

mal con una sonrisa de oreja a oreja. No lo puedo creer, voy a ser el que un día estuvo sentado junto al fuego del Snusmumrik. No lo olvidaré en toda mi vida.

El animalito se acercó un poco más, puso la pata sobre la mochila y susurró solemnemente:

¿Es aquí donde guardas la armónica? ¿Está aquí dentro?

Sí, respondió el Snusmumrik bastante seco. Su melodía de la soledad había desaparecido y se había arruinado el ambiente. Mordió la pipa, con la vista perdida en los abedules.

No dejes que te moleste, exclamó el animalito inocentemente. Si es que quieres tocar, quiero decir. No te puedes imaginar las ganas que tengo de escuchar música. Nunca he oído ninguna. Pero de ti sí he oído hablar. El erizo, el bicho y mi madre me han contado... ¡El bicho incluso te había visto! Sí, no te imaginas... aquí ocurren tan pocas cosas... y soñamos tanto...

Bueno y tú, ¿cómo te llamas?, preguntó el Snusmumrik. De todas formas la noche ya se había estropeado, así que lo mejor era decir algo.

Soy tan pequeño que no tengo nombre, respondió el animalito con entusiasmo. Imagínate, nunca me lo habían preguntado antes. Y aquí estás tú, de quien he oído hablar tanto y a quien tenía tantas ganas de ver y me preguntas cómo me llamo. ¿Crees que...?, bueno, ¿podrías...?, quiero decir, ¿sería mucha molestia que me encontraras un nombre? Uno que fuera mío y de nadie más. ¿Esta misma noche?

El Snusmumrik murmuró algo y se caló el sombrero hasta los ojos. Alguien con largas alas volaba sobre el arroyo entrando en el bosque, mientras chillaba triste y preocupado: Yu-yuu, yu-yuu, ti-uu...

Uno no es completamente libre si admira demasiado a alguien, dijo el Snusmumrik de pronto. Lo sé bien.